

Por muy ligero que con ayuda de sus zancas corra el malayo, precedámosle en la capital de la isla de Francia.

## IX

## LA ROSA DEL RÍO NEGRO

Después de haber pagado a Miko Miko el abanico chinesco del que Jorge le dijera el precio, la doncella a quien por un instante entrevimos en el umbral, se entró en su casa, seguida de su aya, mientras su negro ayudaba al mercader a cargar de nuevo con su mercancía. La doncella, henchida de gozo por la adquisición que acababa de hacer y que había de ser relegada al olvido al siguiente día, se tendió indolentemente en un sofá visiblemente destinado a servir de cama y de asiento. El sofá aquel estaba situado en lo último de precioso retrete donde campeaban innumerables porcelanas chinescas y japonesas y cuyas paredes estaban entoldadas con hermosas indianas de Coromandel, conocidas con el nombre de *patna*. En cuanto a las sillas y a los sillones, eran de caña, como se estilan en los países cálidos. Olvidábasenos decir que aquel retrete recibía luz por dos ventanas fronteras una de otra, una con vistas a un patio poblado de árboles, la otra con vistas a un grande astillero, y por ambas y al través de las esteras de bambú que hacían las veces de persianas, entraban la brisa del mar y la fragancia de las flores.

Apenas la doncella se hubo tendido en el sofá,

una cotorrita verde y de cenizosa cabeza, no más grande que un gorrión, voló de su percha, y, posándose en los hombros de aquélla, se entretuvo en picotear el extremo del abanico, que su ama se distraía maquinalmente, por su parte, en abrirlo y cerrarlo. Y decimos maquinalmente, porque se echaba de ver que en aquel instante la doncella no pensaba ya en su abanico, con ser una pieza maravillosa y con haber manifestado aquélla ardentísimos deseos de adquirirlo. Con efecto, los ojos de la doncella, aparentemente clavados en un punto del retrete en el cual objeto alguno digno de nota motivaba tal fijeza, evidentemente habían dejado de ver los objetos presentes para seguir algún ensueño de su pensamiento; e indudablemente aquel ensueño revestía todas las apariencias de la realidad, porque de tiempo en tiempo la doncella se sonreía y movía los labios, respondiendo por medio de un lenguaje mudo a algún mudo recuerdo. Tal preocupación estaba demasiado fuera de los hábitos de la doncella, para que su aya no reparase en ella; así pues, la señora Enriqueta, después de haber seguido silenciosamente y por breve espacio el movimiento de la fisonomía de su discípula, le preguntó:

—¿Qué le pasa a usted, mi querida Sara?

—¿A mí? Nada—respondió la doncella estremeciéndose como persona a la cual despiertan de improviso.—Como usted ve, estoy jugando con mi cotorrita y con mi abanico.

—Ya lo veo—repuso la señora Enriqueta,—pero de fijo que cuando la he arrancado a usted de su divagación, no pensaba usted ni en el abanico ni en la cotorrita.

—Juro a usted...

—Sara, no tiene usted la costumbre de mentir,

sobre todo conmigo—atajó el aya.—¿Por qué empieza usted a hacerlo hoy?

—Dice usted bien, mi querida aya—profirió Sara hecha una amapola y tras breve vacilación,—estaba pensando en otra cosa.

—¿En qué?

—Pensaba en quién puede ser el joven que ha pasado por ahí tan a tiempo para sacarnos de apuro. Nunca lo había visto; indudablemente ha llegado en la misma fragata que el gobernador. ¿Hago mal en pensar en él?

—No, hija mía; pero sí ha hecho usted mal en decirme que pensaba en otra cosa.

—Perdóneme usted—repuso la doncella acercando su hechicero rostro a su aya, que le dió un beso en la frente.

Enriqueta y Sara guardaron silencio por breve espacio; pero como el aya, severa como buena inglesa, no quería dejar que la imaginación de su discípula se recrease en el recuerdo del joven, y a la doncella, por su parte, la turbase el callar, ambas abrieron la boca a una para entablar conversación sobre otro asunto. Pero sus primeras palabras chocaron entre sí, si vale la expresión, y ambas enmudecieron para dejar que la otra hablase, por donde el conflicto de las frases vertidas con excesiva precipitación trajo otro silencio. Ahora fué Sara quien lo interrumpió, preguntando:

—¿Qué quería usted decirme, mi querida aya?

—¿Y usted qué decía?—preguntó a la vez la señora Enriqueta.

—Que querría saber si nuestro nuevo gobernador es joven.

—Y se holgaría usted de que lo fuese, ¿no es verdad?

—Sí, porque si lo es dará comidas y fiestas y bailes, y esto animará un poco nuestra pobre ciu-

dad de Puerto Luis, tan triste de suyo. ¡Oh! los bailes sobre todo. ¡Como el gobernador pudiese dar bailes!...

—¿Conque le gusta a usted el baile, hija mía?

—Muchísimo—exclamó Sara.

Y al ver que su aya se sonreía, añadió:

—¿También es malo el que a una le guste bailar?

—Es malo hacerlo todo apasionadamente, como usted hace—respondió el aya.

—¡Qué quiere usted!—profirió Sara con la hechicera zalamería de que sabía echar mano cuando se presentaba la ocasión,—soy así; quiero o aborrezco, y no sé ocultar mi odio ni mi amor. ¿No me ha dicho usted con frecuencia que el disimulo es falta feísima?

—Sí, pero de disimular las sensaciones a dar vado a todos los deseos, y aun diré al instinto, va mucho trecho—replicó la grave inglesa, a quien los súbitos razonamientos de su discípula ponían a las veces en aprieto tanto cuanto en otros momentos los ímpetus de su naturaleza primitiva.

—Ya, ya, a menudo me ha dicho usted eso; pero también sé que las mujeres de Europa, las mujeres a las cuales llaman allí mujeres de buen tono, han hallado un admirable término medio entre la franqueza y el disimulo cosiéndose la boca y dando a su fisonomía una inmovilidad marmórea. Mas en cuanto a mí, mi querida aya, no hay que ser exigente en demasía, pues no soy mujer civilizada, sino una salvajuela, criada en medio de las selvas y a orillas de los ríos. Si me gusta lo que veo, lo deseo, y si lo deseo, lo quiero. Además hanme mimado un tanto, y usted no ha sido la que menos. Siempre que he pedido me han dado, y si por acaso se han negado a complacerme, he tomado sin que nadie se opusiera.

—¿Cómo se las compondrá usted, pues, cuando haya casado con Enrique?

—¡Bah! Enrique es un buen muchacho—contestó Sara.

Y con voz la más candorosa añadió:

—Ya hemos convenido los dos que cada uno de nosotros hará lo que más le plazca.

Y volviéndose hacia la puerta, que en aquel instante se abrió para dar paso a Malmedie y a su hijo, preguntó:

—¿No es verdad, Enrique?

—¿Qué, mi querida Sara?—profirió el joven llagándose a ella y besándole la mano.

—¿No es verdad que una vez estemos casados, nunca me contrariará usted y me dará cuanto me guste?

—¡Diantre!—dijo entre sí Malmedie,—esa mujer impone anticipadamente condiciones.

—¿No es verdad—continuó Sara—que si no pierdo la afición al baile me llevará usted siempre que lo haya y se quedará usted allí cuanto yo quiera, al contrario de esos maridotes que se van después de la séptima o la octava contradanza? ¿No es verdad que podré cantar cuanto se me antoje, y que si quiero un hermoso sombrero de Francia usted me lo comprará, y si un brioso caballo inglés o árabe también me lo comprará usted?

—¿Qué duda cabe?—respondió Enrique sonriéndose.—Pero a propósito de caballos árabes, hoy hemos visto dos gallardísimos, y me place que usted no los haya visto, Sara, porque como probablemente no son para vendidos, de habersele antojado a usted el quererlos, no hubiera podido dárselos.

—También yo los he visto—replicó Sara;—¿no pertenecen a un joven de veinticinco a ventiséis años, a un extranjero moreno, de hermosa cabellera y ojos más hermosos todavía?

—¡Diablo, Sara!—articuló Enrique,—cualquiera diría que se ha fijado usted más en el caballero que en los caballos.

—Es muy sencillo, Enrique: figúrese que el caballero se ha llegado a mí y me ha hablado, y a los caballos los he visto a cierta distancia y aún ni siquiera han relinchado.

—¿Cómo! ¿aquel joven fatuo ha hablado con usted? ¿Y a título de qué?—repuso Enrique.

—Sí, ¿a título de qué?—repuso Malmedie.

—Primeramente—respondió Sara,—no he advertido que fuese fatuo ni mucho menos, y mi aya, que estaba conmigo, tampoco lo ha observado; luego ¿a título de qué ha hablado conmigo, preguntan ustedes? Pues ha sido lo más natural del mundo: regresaba yo de misa, cuando he encontrado a un chino que me esperaba a la puerta con dos cestas colmadas de estuches, abanicos, carteras y qué sé yo cuántas cosas más, y le he preguntado el precio de este abanico... Mire usted qué precioso es, Enrique.

—¿Qué más?—preguntó Malmedie;—porque hasta aquí no sabemos por qué aquel joven ha hablado con usted.

—A eso voy, tío, a eso voy—contestó Sara.—Como dije, he preguntado el precio del abanico al chino, y como el chino no hablaba otra lengua que la suya, mi aya y yo, no sabiendo cómo salir del paso, hemos preguntado a cuantos nos rodeaban contemplando los preciosos objetos del mercader, si alguno de ellos podía servirnos de intérprete. Entonces se ha avanzado el joven aquel, y, poniéndose a nuestra disposición, ha hablado al mercader en su lengua; luego se ha vuelto hacia nosotras y nos ha dicho: «Ochenta pesos». ¿Verdad que no es caro, tío?

—¡Jum!—refunfuó Malmedie;—es lo que cos-

taba un negro antes de que los ingleses prohibiesen la trata.

—¿Conque el joven aquel habla chino?—preguntó Enrique con asombro.

—Sí—respondió Sara.

—Padre ¿no lo sabe usted?—profirió Enrique echándose a reír,—aquel joven habla chino.

—¿Qué tiene eso de risible?—preguntó Sara.

—Nada—respondió Enrique riéndose a carcajadas.—¡Vaya, vaya! notable es el saber del garrido extranjero. ¡Dichoso él que puede hablar con las cajas de té y los biombos!

—La verdad es que la lengua china la habla muy poca gente—repuso Malmedie.

—Será algún mandarín—dijo Enrique continuando divirtiéndose a costas del joven extranjero, cuya altiva mirada no se le había borrado de la mente.

—En todo caso es un mandarín ilustrado—replicó Sara,—porque después de haber hablado chino con el mercader, ha hablado en francés conmigo y en inglés con la señora Enriqueta.

—¡Diantre! habla todas las lenguas el mozo—dijo Malmedie.—A mí me hace falta un hombre así en mi escritorio.

—Por desgracia, tío—profirió Sara,—el hombre a quien usted se refiere pareceme que ha hecho un servicio que lo habrá disgustado de todos los demás.

—¿Cuál?

—El del rey de Francia. ¿No ha reparado usted que en el ojal ostenta la cinta de la Legión de honor y otra cinta de no sé qué cruz?

—¡Bah! en la hora de ahora todos esos cintajos los dan sin necesidad de que el que los recibe haya sido militar.

—Pero por regla general el que los recibe ha

de ser hombre distinguido—replicó Sara, picada sin saber por qué, y defendiendo al extranjero movida por el instinto propio de los corazones sencillos, de defender a aquellos a quienes se ataca injustamente.

—Bueno, lo habrán condecorado porque habla chino—dijo Enrique.

—Por otra parte, tenemos a la mano el informarnos sobre el particular—profirió Malmedie con acento demostrativo de que no advertía para nada el pique que se suscitara entre los dos primos;—el fulano ese ha llegado en el buque que el gobernador, y como nadie viene a la isla de Francia para marcharse de ella al día siguiente, es indudable que pasará algún tiempo entre nosotros.

En esto entró un criado con una carta sellada con el del gobernador, en la cual lord Murrey convidaba a Malmedie, Enrique y Sara a la comida y al baile que habían de celebrarse el lunes próximo.

Desde aquel momento Sara supo ya a qué atenerse respecto del gobernador; el que se estrenaba convidando a una comida y a un baile no podía menos de ser caballero cumplido. Sara, pues, al pensar que iba a pasar toda una noche danzando, profirió una voz de alegría, cuanto más que el último buque llegado de Francia le había traído magníficos adornos de flores artificiales que no le habían causado ni de mucho la satisfacción que era del caso, atento que, al recibirlas, ignoraba cuándo se le presentaría ocasión de ostentarlas.

En cuanto a Enrique, a pesar de la dignidad con que la recibió, la invitación no le fué indiferente. Teníase, y con razón, por uno de los más gentiles mozos de la colonia, y con estar concertada su boda con su prima, para él no era vitu-

perable, interin llegaba la hora del casorio, el coquetear con las demás mujeres; lo cual, por otra parte, le era fácil, pues Sara, ora fuese por indolencia, ya por costumbre, nunca le manifestara sobre el particular pocos ni muchos celos.

Por lo que respecta a Malmedie hinchado como un pavo leyó una y otra vez la esquila de convite, que le hizo formar un concepto todavía más alto de su importancia, pues apenas transcurridas tres horas de la llegada del gobernador, éste ya lo había convidado a comer con él, honor que, según toda probabilidad, lord Murrey sólo concedía a las personalidades más encumbradas de la isla.

Por lo demás la invitación aquella modificó un tanto las disposiciones tomadas por la familia Malmedie. Enrique había dispuesto una gran cacería de ciervos para el domingo y lunes próximos, en el distrito de la Savana, que a la sazón estaba aún desierto y abundaba en caza mayor; y como la cacería debía efectuarse en propiedades de su padre, había citado una docena de amigos para una linda casa de campo que él poseía a orillas del río Negro, uno de los distritos más pintorescos de la isla. Ahora bien, era imposible que la caza se efectuara en los días indicados, atento que uno de ellos era el designado por el gobernador para el baile; urgía, pues, anticipar venticuatro horas la cacería, no sólo para los Malmedie, mas también para una parte de sus convidados, que naturalmente tenían que serlo a la mesa de lord Murrey. Enrique se entró, pues, en su habitación, escribió una docena de cartas anunciando a los cazadores la modificación introducida en el primitivo proyecto, y las entregó al negro Bijou para que las llevase a su respectivo destino.

Malmedie se despidió de Sara pretextando una cita, pero en realidad para anunciar a sus veci-

nos que dentro de tres días podría manifestarles francamente su opinión respecto del nuevo gobernador, por haberlo éste convidado a comer con él el lunes siguiente.

Sara, por su parte, manifestó que en tan inesperadas cuanto solemnes circunstancias, habla de hacer demasiados preparativos para partir con su tío y su primo el sábado por la mañana, y que se reuniría con ellos el sábado por la tarde o a primera hora del domingo.

El resto del día y todo el siguiente se pasó, pues, como previera Sara, preparando lo necesario para concurrir a la fiesta del gobernador, y gracias a la calma con que la señora Enriqueta lo dispuso todo, Sara pudo partir el domingo por la mañana, como lo había prometido a su tío. Lo importante estaba hecho, queremos decir que la doncella se había ya probado el traje, y la modista, experta en su oficio, respondió de que al día siguiente por la mañana la doncella lo hallaría listo, o, si tenía que retocarse algo en él, lo estaría oportunamente.

Sara salió, pues, alegre cuanto podía estarlo: después del baile, para ella sin igual en el mundo, lo que más le gustaba era el campo, pues en él podía entregarse a la pereza o al movimiento con libertad que nunca le ofrecía por entero la ciudad. Sara, pues, en el campo no reconocía autoridad alguna, ni la de su aya Enriqueta, la cual, en definitiva, era la que más la ejercía sobre ella. Si la incitaba la pereza, escogía deleitoso sitio, se tendía a la sombra de una mata de jambúes o de pamplumusas, y allí vivía la vida de las flores, absorbiendo el rocío, el aire y el sol por todos sus poros, escuchando los gorjeos de los pájaros, recreándose en contemplar cómo los micos saltaban de rama en rama o se suspendían

de la cola, siguiendo con los ojos los graciosos y veloces movimientos de los preciosos lagartos verdes con pintas y rayas rojas, tan abundantes en la isla de Francia, que a cada paso uno hace huir tres o cuatro; y allí pasaba largas horas en comunicación con la naturaleza, de la cual escuchaba los infinitos rumores, estudiaba los mil aspectos, y comparaba las múltiples armonías. Si le daba por moverse, dejaba de ser mujer para convertirse en gacela, en pájaro, en mariposa; atravesaba las torrenceras en persecución de las libéculas de cabezas brillantes como rubíes; se inclinaba sobre los precipicios para coger flores en cuyas hojas rehilaban las gotas de rocío como glóbulos de azogue; pasaba, cual ondina, por debajo de una cascada cuyo líquido polvo la velaba como una gasa. Entonces y al contrario de las demás mujeres criollas, cuya piel se arrebola a duras penas, cubríanse del carmín más subido las mejillas, tan subido, que los negros, habituados a dar, en su lenguaje poético y pintoresco, un nombre designativo a cada cosa, apellidaban a Sara la Rosa del río Negro.

Sara, pues, como va dicho, no cabía en sí de gozo: tenía en perspectiva, una para aquel mismo día y la otra para el siguiente, las dos cosas para ella más halagadoras, el campo y el baile.

## X

## EL BAÑO

En los días en que se desenvuelve la presente historia, la isla de Francia no estaba todavía, como lo está actualmente, cruzada de caminos que per-

miten trasladarse en coche a cualquiera de los distritos de la colonia; a la sazón no se conocía otra manera de viajar que el caballo o el palanquín. Sara, al salir al campo con su primo y su tío, lo efectuaba siempre a caballo, pues la equitación era uno de los ejercicios más familiares a la doncella; pero si viajaba con su aya Enriqueta, habla de renunciar a este género de locomoción, al cual la grave inglesa prefería el palanquín. En sendos palanquines, pues, llevado cada uno de ellos por cuatro negros seguidos de relevos de otros cuatro, viajaban Sara y su aya, pero lo bastante juntas una de otra para poder conversar al través de las levantadas cortinas, mientras los portadores, anticipadamente seguros de una propina, cantaban a voz en cuello y anunciaban de esta suerte a los viandantes la generosidad de su ama.

Enriqueta y Sara formaban marcadísimo contraste físico y moral. El lector conoce a la doncella, a la caprichosa criolla de cabellos y ojos negros, color mudable como su espíritu, dientes como perlas, manos y pies diminutos y talle flexible y ondulante como el de una sílfide. Deje, pues, que digamos algunas palabras respecto de la inglesa. Enriqueta Smith, nacida en la metrópoli, era hija de un maestro de escuela, el cual, habiéndola también a ella destinado al magisterio, le hizo estudiar desde niña los idiomas italiano y francés; así, gracias a este estudio juvenil, le eran a Enriqueta tan familiares aquellas lenguas, como la suya materna. El profesorado, como sabemos, es carrera en la cual suele acumularse poco dinero. Jack Smith, el padre de Enriqueta, murió, pues, pobre, dejando a su hija muy instruida, pero sin un céntimo, por donde se siguió que la *miss* llegase a los veinticinco sin haber hallado marido. En aquel tiempo una de sus amigas, excelente mú-

sica, como era ella excelente filóloga, propuso a Enriqueta poner en comunidad sus talentos y fundar a medias un colegio. El ofrecimiento era aceptable y fué aceptado; pero aunque cada una de las dos asociadas puso en la educación de las niñas que le estaban confiadas, toda la atención, esmero y abnegación de que era capaz, el colegio no prosperó, y las dos maestras no tuvieron más remedio que romper su asociación. En esto, el padre de una de las discípulas de Enriqueta, acaudalado comerciante de Londres, recibió de su corresponsal Malmedie una carta en la cual le pedía una aya para su sobrina, ofreciendo remunerarla lo suficiente para compensar el sacrificio que hacía expatriándose. El comerciante leyó la carta aquella a Enriqueta, y como la pobre estaba sin recursos, y por tanto no sentía mucho apego a una tierra donde no tenía más porvenir que morir de hambre, miró el ofrecimiento como un favor del cielo, y se embarcó en la primera nave que desplegó velas para la isla de Francia, recomendada a Malmedie como persona distinguida y digna de las mayores consideraciones. Malmedie la recibió en consecuencia, y le encargó la educación de Sara, entonces niña de nueve años. Lo primero que Enriqueta preguntó a Malmedie fué cómo quería que educase a su sobrina, a lo cual respondió aquél que esto no era de su incumbencia, y que para deshacerse de tales cuidados había hecho venir un aya, a quien correspondía enseñar a Sara lo que sabía; lo único que añadió a modo de posdata fué que estando la doncella destinada, *ab aeterno* y sin restricciones, a ser la esposa de Enrique, importaba que la muchacha no se aficionase a otro hombre. Esta decisión de Malmedie, respecto del matrimonio de su hijo con su sobrina, no sólo obedecía al afecto que ambos le inspira-

ban, pero también a que Sara, huérfana a la edad de tres años, había heredado unos doscientos mil duros, cantidad que tenía que duplicarse durante la tutela de Malmedie. Sara supo con espanto que para ella hacían venir de ultramar un aya, y cumple decir que a primera vista el aspecto de Enriqueta no la tranquilizó mucho. Con efecto, nuestra inglesa era a la sazón mujer de treinta a treinta y dos años, a la cual el ejercicio de la enseñanza había dado el acceso desagradable y afectado propio de las ayas; su mirada fría, su palidez, sus delgados labios, tenían algo de automático y extraño: glacial conjunto que apenas si lo reanimaban los cabellos de la inglesa, de un rubio subido. Vestida, ceñida y tocada tan pronto se levantaba, nunca Sara la había visto de trapillo, y por largo espacio de tiempo la doncella se dió a entender que Enriqueta por la noche, en vez de acostarse en una cama, como el común de los mortales, se colgaba de un guardarropa, como sus muñecas, y salía de él a la mañana siguiente cual entrara. Sara, al principio, obedeció con bastante puntualidad a su aya, y aprendió un poco el inglés y el italiano. En cuanto a la música, Sara estaba organizada como un ruiseñor, y tocaba casi instintivamente el piano y la guitarra, por más que su instrumento predilecto fuese el arpa malgacha, de la cual arrancaba sonidos que extasiaban a los más celebres tocadores malgachos de la isla. Con todo eso los progresos de Sara no modificaban el modo de ser ni la naturaleza primitiva de la doncella; y como por su parte Enriqueta continuaba siendo lo que Dios y la educación la habían hecho, aquellas dos organizaciones tan diferentes vivieron una junta a la otra sin comunicarse mutuamente nada de su propia personalidad. Sin embargo, como las dos,

en expresiones diversas, estaban dotadas de excelentes cualidades, Enriqueta acabó por apegarse profundamente a su discípula, y Sara concibió una amistad sincera por su aya. La señal de este mutuo afecto fué que el aya llamó hija a Sara, y Sara, pareciéndole excesivamente frío el apelativo señorita, llamó su amiguita a Enriqueta. La cual, sobre todo conservó su antipática reserva respecto de los ejercicios corporales. En efecto, su educación, completamente escolástica, sólo había desenvuelto sus facultades morales, dejando en su torpeza nativa sus facultades físicas. De ahí que, pese a las repetidas instancias de Sara, Enriqueta nunca accedió a montar a caballo, ni aún a Berloque, manso jamelgo javanés del jardinero. Los caminos angostos le daban tales vértigos, que con frecuencia prefería dar un rodeo de una o dos leguas antes que pasar junto a un precipicio; ni se aventuraba en una barca que no se le oprimiese el corazón, y sentada en ella y la barca en movimiento, tornaba con el mareo, que no la dejara de Portsmuth a San Luis, esto es durante más de cuatro meses. Por donde se siguió que la vida de Enriqueta, respecto de Sara, pasaba en medio de aprensiones eternas, y que cuando veía a su discípula, animosa como una amazona montar los caballos de su primo; o, ligera como una corza, saltar de peña en peña; o, graciosa como una ondina, deslizarse por la superficie del agua, en las profundidades de la cual desaparecía a las veces por breve espacio, oprimíasele de terror su casi maternal corazón, pareciéndose en esto a las desventuradas gallinas a las cuales hacen empollar huevos de cisne, que al ver a su progenitura echarse al agua, se quedan en la orilla aleladas de tanto atrevimiento y cacareando con tristeza para llamar a los teme-

rarios que a tal peligro se exponen. Esto sentado, no es de admirar que a Enriqueta, aunque llevada en un palanquín suave y seguro, la preocupasen anticipadamente las infinitas angustias que Sara, según solía, no podía menos de hacerle pasar, mientras la doncella se exaltaba al pensar en aquellos dos venturosos días.

El a que hemos llegado era uno de los más esplendorosos del principio del otoño, que allí empieza en Mayo. Conforme Enriqueta y Sara iban avanzando, el paisaje se hacía más agreste: al través de puentes cuya fragilidad hizo temblar a Enriqueta, las viajeras salvaron el doble álveo del río de la Muralla y las cascadas del río del Tamarindo. Sara, al llegar al pie de la montaña de las Tres Tetas, preguntó por su tío y su primo, y como le dijese que en aquel momento estaban éstos cazando entre el estanque grande y la llanura de San Pedro, ella y su aya siguieron adelante, atravesaron el riachuelo del Bocal, doblaron el morro del río Negro, y llegaron a la habitación de Malmedie. Lo primero que hizo la doncella fué visitar a los comensales de la casa, a quienes no veía hacía dos semanas; luego se encaminó a su pajarera, inmenso enrejado de alambre rodeado de un bosquecillo y en el cual estaban encerradas tórtolas de Guida, fondijalas y papamoscas; después visitó sus flores, casi todas originarias de la metrópoli, tales como tuberosas, claveles de la China, anémonas, francesillas y rosas de la India, en medio de las cuales sobresalía, como la reina de los trópicos, la bella siempreviva del Cabo. Todas aquellas flores estaban ceñidas con setos de frangipanas y rosas de China, que, como nuestras rosas de las cuatro estaciones, florecen todo el año. Aquel era el reino de Sara; el resto de la isla era su

conquista. Mientras Sara no se movía de los jardines de la hacienda, todo iba a pedir de boca para Enriqueta que hallaba caminos enarenados, frescas umbrías y un ambiente embalsamado. Pero poco duraba la tranquilidad a la pobre inglesa: el tiempo de dirigir cuatro frases cariñosas a la anciana mulata que estuviera al servicio de Sara, y que pasaba sus últimos días en el río Negro; el tiempo de dar un beso a su tórtola predilecta, y el de coger dos o tres flores para entreverarlas entre sus cabellos. Entonces empezaba el paseo, y entonces también empezaban las angustias de la pobre aya. La cual, en los comienzos de su cometido, había intentado oponerse a la independiente niña e inclinarla a recreaciones menos vagabundas, pero todo en vano. Sara se le iba, por decirlo así, de entre los dedos, y sin ella corría de acá para allá; por manera que Enriqueta sentía más zozobra por su discípula que por sus temores personales, y de ahí que al fin se resolviese a acompañar a la doncella. Verdad es que Enriqueta contentábase comúnmente con sentarse en un punto elevado para seguir con los ojos a Sara en las subidas o en las bajadas; pero a lo menos le parecía que de esta suerte la retenía con el gesto o la sostenía con la mirada. Ahora, como de costumbre, el aya, al ver que la doncella se disponía a partir, se resignó, cogió un libro para leer mientras aquélla correteaba, y se aprestó a seguirla; pero Sara había resuelto aquel día, no dar un paseo, sino tomar un baño en la hermosa bahía del río Negro, tan mansa y apacible; en aquellas aguas tan transparentes, que se ven las madréporas que a veinte pies de profundidad crecen en la arena, así como los crustáceos que por sus ramas se pasean. Sara, como solía, nada dijo a su ami-

guita Enriqueta; sólo estaba en autos la anciana mulata, encargada de llevarle a la orilla su traje de baño y esperarla allí. El aya y su discípula descendieron, pues, la margen del río Negro, que iba gradualmente ensanchándose y en la boca del cual se veía resplandecer la bahía como un espejo inconmensurable. Ambas márgenes estaban pobladas de bosque alto, cuyos árboles, cual largas columnas, como si compitiesen a porfía en buscar su sitio en el aire y al sol, formaban espesísimas bóvedas de follaje que apenas si de trecho en trecho permitían distinguir al través de ellas el espacio, mientras las raíces, parecidas a incontables serpientes, no pudiendo barrenar las peñas que incesantemente rodaban de lo alto del morro, las envolvían con sus anillos. Conforme el lecho del río iba ensanchándose, los árboles de una y otra margen se inclinaban, aprovechando el intervalo dejado por el agua, y formaban una bóveda parecida a una tienda de campaña gigantesca. El sitio era sombrío, solitario, tranquilo, silencioso, lleno de melancólica poesía y de misteriosa reserva; no se oía allí más rumor que el canto ronco de la cotorra de cenizosa cabeza, ni se veían otros seres que algunos monos rojizos llamados moñudos, azote de los plantíos, y para acabar con los cuales todo ha sido inútil, de tal suerte abundan en la isla. Sólo de tiempo en tiempo algún martín pescador de verde cuello y vientre blanco, asustado por el ruido que hacían Sara y su aya, salía de los mangles que mojaban sus ramas en el río, y, lanzando un grito agudo y plañidero, atravesaba brillando cual la esmeralda y con la velocidad de una saeta la corriente y desaparecía en los mangles de la orilla opuesta. Ahora bien, aquella vegetación tropical, aquella soledad pro-

funda, aquella salvaje armonía de peñas, árboles y río era lo que gustaba a la doncella, formaban un paisaje tal cual lo comprendía su imaginación primitiva, un horizonte como la pluma, el lápiz ni el pincel pueden reproducirlo, pero tal cual los reflejaba su alma. Enriqueta no era insensible a tan grandioso espectáculo; pero su eterno temor le impedía gozarlo por completo. Llegado que hubo a la cúspide de un montecillo desde la cual se dominaba una extensión de terreno bastante extensa, Enriqueta se sentó, y después de haber incitado a Sara, aunque sin esperanzas de conseguirlo, que viniese a sentarse junto a ella, miró como la doncella se alejaba brincando, sacó de su bolsillo el décimo o el duodécimo tomo de *Clara Harlowe*, su novela preferida, y se puso a leerlo por la vigésima vez, mientras Sara seguía la margen de la bahía y desaparecía tras una gran mata de bambúes, que era donde la esperaba la mulata con su traje de baño. La doncella se avanzó hasta la orilla del río, saltó de roca en roca, cual nevatilla que se mira en el agua, y después de haber mirado a todas partes para cerciorarse, con el temeroso pudor de una ninfa antigua, de que en torno de ella todo estaba desierto, se despojó de sus vestidos para envolverse en una túnica de lana blanca que, abrochada al cuello, ceñida a la cintura y cubriéndole hasta más abajo de las rodillas, le dejaba libres brazos y piernas para poder moverlos con todo desahogo. En pie y de tal suerte vestida, la doncella parecía la Diana cazadora pronta a meterse en su baño. Sara se adelantó hasta la extremidad de una peña que domina la bahía, en sitio donde ésta tiene gran profundidad, y animosa y confiada en su destreza y en su fuerza, segura de su superioridad sobre un elemento

en el cual, hasta cierto punto, como Venus, había nacido, se precipitó, desapareció en el agua, y reapareció, nadando, a poca distancia del sitio desde el cual se precipitara. Enriqueta, al oír de improviso que la llamaban, levantó la cabeza, miró a su alrededor, y al no ver a nadie y al oír que por segunda vez la llamaban, dirigió los ojos hacia la hermosa bañista, y, en medio de la bahía, vió a su ondina deslizarse por la superficie del agua. El primer ímpetu de la pobre aya fué llamar a Sara; pero como sabía que el llamarla sería trabajo perdido, limitóse a hacer a su discípula un gesto de reproche, y, levantándose, se acercó a la margen del río cuanto se lo permitió el escarpe de la peña donde estaba sentada. En esto, Sara, nadando con una mano llamo con la otra la atención de Enriqueta hacia lo interior de la selva, indicando que pasaba algo insólito bajo aquellas sombrías bóvedas de verdura. El aya escuchó y oyó los lejanos ladridos de una muta, que a poco resonaron más próximos junto con el pataleo de una carrera veloz, hasta que por fin, repentinamente y a doscientos pasos más arriba del sitio en que se hallaba Enriqueta, salió de la selva un hermoso ciervo con la cornamenta hacia atrás, se echó al río y desapareció en la margen opuesta. Segundos después parecieron los perros, atravesaron el río en pos del ciervo, y se emboscaron tras él. Sara había tomado parte en aquel espectáculo con verdadero placer de cazadora; así es que en cuanto el ciervo y los perros hubieron desaparecido, lanzó una voz de alegría, voz a la cual, empero, respondió otra de terror tan profunda y desgarradora, que Enriqueta se volvió despavorida. La anciana mulata, semejante a la estatua del Miedo, en pie en la orilla, extendía el brazo hacia un enorme tiburón que, con

ayuda del reflujo, había atravesado la barra, y que, no sesenta pasos de Sara, nadaba a flor de agua hacia ella. El aya, que ni siquiera tuvo fuerzas para gritar, cayó de hinojos. Al grito de la mulata, Sara se volvió, y al ver el peligro que la amenazaba, con admirable presencia de ánimo se puso a nadar hacia el sitio más próximo de la orilla; pero como el tal sitio estaba a lo menos a cuarenta pasos, por mucho que la doncella nadaba con vigor y destreza, era probable que el monstruo la alcanzaría antes de haber ella llegado a la margen. En esto se oyó otra voz, y un negro que llevaba un largo puñal sujetado con los dientes, salió de entre los mangles, se precipitó en el agua, y, nadando con fuerza sobrehumana, se avanzó para cortar el camino al tiburón, el cual, entretanto y seguro como estaba de su presa, sin apresurar los movimientos de su cola se adelantaba con espantable velocidad hacia la doncella, que a cada braceada volvía la cabeza y vela acercarse con rapidez casi igual a su enemigo y a su defensor. Hubo un momento de expectación terrible para la anciana mulata y para Enriqueta, quienes, colocadas en punto más elevado, podían ver los progresos de aquella espantosa carrera; ambas, trasudando, con los brazos extendidos y la boca abierta, sin poder auxiliar a Sara, a cada alternativa de temor o de esperanza proferían entrecortados gritos; pero pronto se sobrepuso el temor; a pesar de los esfuerzos del nadador, el tiburón se le adelantó. El negro estaba aún a veinte pasos del monstruo, cuando éste sólo se hallaba ya a contadas brazas de la doncella, a la cual se acercó todavía más a impulsos de un terrible coletazo. Sara, que podía oír diez pies tras ella el movimiento del agua, dirigió una postrera mirada a la orilla, adonde

ya no podía llegar, y comprendiendo la ineficacia de disputar por más tiempo una vida condenada, alzó los ojos al cielo y juntó las manos fuera del agua implorando a Dios, único que podía auxiliarla. En esto el tiburón se volvió para coger su presa, y en vez de su verdoso lomo vióse aparecer en la superficie del agua su argentado vientre. Enriqueta se tapó los ojos con las manos para no ver lo que iba a pasar; pero en aquel momento supremo resonaron dos tiros a la derecha del aya, y dos balas que se sucedieron con la rapidez del relámpago hicieron saltar por dos veces el agua, mientras una voz tranquila y sonora decía con la satisfacción del cazador contento de sí mismo: «Muy bien». Enriqueta se volvió, y vió, dominando aquella espantable escena, a un joven que, con una escopeta humeante en una mano y agarrándose con la otra a una rama de canelo, miraba, inclinado sobre la extremidad de una peña, las convulsiones del tiburón. Con efecto, alcanzado por dos balas, el cetáceo había girado al punto sobre sí mismo para buscar al invisible enemigo que acababa de herirlo, y viendo entonces al negro, que ya sólo se hallaba a tres o cuatro brazas de distancia, abandonó a Sara para arremeter a él; pero a su aproximación el negro se zambulló. El tiburón imitó al negro, y a poco las olas se agitaron sacudidas por los coletazos del monstruo, y la superficie del agua se tiñó de sangre; señal demostrativa de que en las líquidas profundidades se reñía un combate. Interin, Enriqueta se había bajado, o por mejor decir se había dejado deslizar de su peña y llegado a la orilla para tender la mano a Sara, la cual, sin fuerzas y no pudiendo dar todavía crédito á que realmente hubiese escapado de tal peligro, apenas sentó la planta en firme

cayó de hinojos. En cuanto a Enriqueta, apenas vió salvada a su discípula, perdió a la vez las fuerzas y cayó casi desmayada. Al recobrase las dos mujeres, lo que primero vieron fué a Laisa en pie, cubierto de sangre, con los brazos y los muslos desgarrados, y al tiburón que, sin vida, flotaba en la superficie del mar. Luego las dos a una e impulsadas por igual pensamiento dirigieron sus miradas a la peña en lo alto de la cual apareciera el ángel libertador; pero la peña estaba solitaria: el ángel libertador había desaparecido, pero no tan rápidamente, sin embargo, que las dos no hubiesen tenido tiempo de conocer en él al joven extranjero de Puerto Luis. La doncella se volvió entonces hacia el negro que tal prueba de abnegación acababa de darle; pero el negro, tras breve espacio de muda contemplación, se había emboscado nuevamente, y Sara buscó en vano en torno de sí: como el extranjero, el negro había desaparecido.

## XI

### EL PRECIO DE LOS NEGROS

Al mismo instante acudieron dos hombres que desde el punto superior del río habían presenciado parte de la escena que acababa de desenvolverse: eran Malmedie y Enrique. Sara, advirtiendo entonces que iba medio desnuda, y abochornándose al pensar que de tal suerte la vieran, llamó a la anciana mulata, se puso un peinador, y apoyándose en el brazo de su amiguita Enriqueta, aun palpitante de terror, se adelantó hacia su tío

y su primo. Los cuales, siguiendo las huellas del ciervo, habían llegado a la margen del río en el preciso instante en que retumbaron los dos escopetazos disparados por Jorge, circunstancia que les diera a entender que era uno de sus compañeros que hacía fuego contra el ciervo. Malmedie y su hijo habían, pues, vuelto los ojos hacia el punto de donde partieran los tiros, y, como va dicho, habían presenciado de lejos y vagamente parte de la escena que acabamos de referir. Detrás de los Malmedie llegaron los demás cazadores, y todos juntos formaron rueda en torno de Sara y Enriqueta, a quienes interrogaron sobre lo que pasado había; pero hallándose el aya todavía demasiado turbada y conmovida para responder, hizolo la doncella, la cual contó por menudo lo acaecido. Va muchísima distancia de haber sido testigo presencial de una escena tan terrible como la que líneas atrás hemos intentado describir, y haber seguido con los ojos de espanto todas sus incidencias, a oír el relato de ella, aunque sea de boca de quien ha corrido el peligro de ser su víctima y el relato se haga en el mismo teatro del acaecimiento; con todo eso, como el humo de las descargas apenas se había disipado, y el cuerpo del monstruo estaba a la vista, flotando y estremeciéndose en medio de las convulsiones de la agonía, la narración de Sara causó profundo efecto en el ánimo de los cazadores, que galantemente se dolieron de no haberse hallado en el lugar del desconocido o del negro, y afirmaron que cada uno de ellos hubiera apuntado tan certeramente como el primero y nadado tan vigorosamente como el segundo. Pero a todas esas protestas de habilidad y abnegación, el corazón le decía a Sara que sólo aquellos dos eran capaces de hacer lo que habían hecho. En esto los